

El caballero de Reina

Tenía esa mirada perdida, casi imperceptible en dos ojos semicerrados por el peso de la vida a la que no había mucho que agradecer. La tez oscura se mezclaba con las ropas de siempre, duras de polvo y camino, andrajos que cubrían los despojos de un hombre aparentemente sin alma. Allí estaba siempre el viejo sordomudo, el medio tonto que extendía su mano a la puerta de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús de la calle Reina, a las personas que acudían a misa o que simplemente pasaban por su lado.

La expresión era tan dura, que apenas atinaba a sonreír cuando le daban alguna moneda y ávido se aprestaba a esconderla en algún hueco de su raída indumentaria, antes de volver a su eterna posición de súplica. A mí me producía desagrado, evitaba mirarle cuando pasábamos y sentía cierta repugnancia cuando, dejando caer la moneda que me daban mis padres entre

sus manos, alguno de sus dedos rozaban los míos.

Un día se lo comenté a mi papá y, en un primer momento, no me dijo nada. Después en casa, cuando ya habíamos cenado y estábamos por irnos a la cama, se sentó a mi lado y me relató una historia de su niñez. Una persona mal intencionada se dio a la tarea de meter miedo a los niños del barrio con aquel famoso mendigo que fue

El caballero de París, al que nosotros, los de mi generación, conocemos sólo por la estatua que adorna la Plaza de San Francisco, pero que fuera una figura legendaria en La Habana por varias décadas, y que, de “malas” a primeras, la maldita vieja lo transformara en “el viejo del saco que vendrá a llevarse consigo a los que se porten mal...”

Mi abuela paterna, mujer enérgica y sensible, agarró a toda la muchachada, los metió en un carro de alquiler y no paró de dar vueltas por la calle Galiano

hasta encontrar en una esquina al famoso caballero. Me cuenta mi padre que, cuando lo vio, sintió rechazo por aquel viejo raído, de barbas de color impreciso unidas a una madeja de cabellos amielcochados que caían por todas partes, de aquella naturaleza esquelética de la que colgaban mil bultos que llevaban dentro lo inimaginable.

Mi abuela se acercó a él y le habló con el respeto y las maneras que se ven sólo en las películas de capa y espada. *El Caballero de París*, con su ilustre locura y toda la marcialidad del noble que estaba seguro de ser, saludó a los niños con esa dulzura propia de la gente de antes, les puso de rodillas y, blandiendo su amada espada de palo, la puso sobre sus cabezas nombrándoles “Caballeros de la Habana”, para el orgullo de aquellos enanos que volvieron a las casas felices y mirando con desdén a la señora mal intencionada que no les había dicho la verdad y que fue tan boba que perdió incluso la oportunidad de

ser nombrada noble
como había sucedido
con mi abuela que,
según mi padre, también
se había arrodillado en
el piso para no
perderse los blasones.
Al siguiente día ya mi
mendigo de la iglesia
me pareció menos feo,
menos impersonal y
comenzamos a llamarle
“El mudito”.

Para la comunión de mi
hermano, a la salida del
templo, mi padre le hizo
sentarse junto al mudito
y les hizo una bellísima
foto de la cual sacamos
una copia que le
llevamos de regalo y,
ese día, creo que el
regalo fue también para
mí cuando, en los
ojos del mendigo vi.
asomar una
lágrima, por la que,
quien sabe, podría haber
sido su primera
fotografía.

Hace tiempo que “el
mudito” no está, alguien
me dijo que se había ido
con una hermana o
que había muerto, pero
a pesar de todo, él ya es
mi historia, como lo
fuera para mi papá *El
Caballero de París*.

Mi mudito será para
siempre
*Mi Caballero de la
Calle Reina*,
alguien que, sin saberlo,
me enseñó a valorar una
lágrima, incluso, donde
los valores parecen
perdidos, puede haber
un alma

intacta esperando una
sonrisa, una palabra
amable, un acto de
buena voluntad, para
decir gracias a la vida y
poner a latir de nuevo el
corazón.

**Colaboración de Adria Ma.
Suárez-Argudín del Toro
Parroquia del Rosario
(Vedado)**